

La incapacidad civilizatoria

Una estrategia en contra del cambio climático debe pasar, forzosamente, por un cambio radical en los esquemas de consumo de la población.

Alejandro Calvillo Unna

Diversas civilizaciones desaparecieron por su falta de capacidad para manejar sustentablemente los recursos naturales de los que dependían. En varios casos no existió el conocimiento previo para evitar que eso ocurriera. En otros, podemos suponer que se previó el desastre que se avecinaba; sin embargo, la estructura social, la composición política, la ideología o cosmovisión creada, los intereses imperantes, convertidos en falta de capacidad para modificar el rumbo, impidieron evitar la catástrofe.

En este escenario nos preguntamos: ¿en qué radica la incapacidad de nuestra civilización para enfrentar el cambio climático que pone en peligro su sobrevivencia en los términos que la conocemos? ¿Es falta de previsión o incapacidad de respuesta por los poderes, intereses o la cultura dominante?

La paradoja de la previsión

En 1896, un solitario científico sueco, Svante Arrhenius, advirtió que el aumento de CO₂ en la atmósfera provocaría un incremento de la temperatura en la Tierra. Arrhenius fue ignorado prácticamente hasta que Charles David Keeling en 1957 advirtió que la cantidad de CO₂ acumulada era cada vez mayor. En 1975 publicó en la revista *Science* el artículo "Cambio Climático: ¿estamos al borde de un calentamiento global pronunciado?".

Ante la suma de evidencias sobre el cambio climático, en 1988 se constituyó el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático, el mayor esfuerzo científico internacional realizado en la historia. En su primer reporte, el IPCC (por sus siglas en inglés) advertía que se deberían reducir las emisiones de CO₂ —es decir, disminuir el consumo de combustibles fósiles— en un 80 por ciento. Esto significaba una revolución radical en la base energética de la civilización.

No sólo no se redujeron las emisiones en 80 por ciento; de 1990 a la fecha aumentaron en 20 por ciento.

Entre la primera advertencia sobre el posible impacto de las emisiones de CO₂ y el primer consenso científico pasó un siglo. Si pensamos que las emisiones de CO₂ se dispararon con la revolución industrial, con el inicio del consumo masivo de combustibles fósiles, podemos decir, a grandes rasgos, que tardamos un siglo en pensar en sus posibles efectos negativos y un siglo más en plantearnos que había que actuar. En tiempos biológicos o geológicos, un siglo no es nada; sin embargo, en los tiempos de la sociedad industrial y postindustrial es mucho, considerando la transformación vertiginosa de la sociedad dominada por la religión del progreso expresada en el sometimiento técnico del mundo y la economía enfocada en la obtención de la mayor ganancia privada al menor costo.

En el tiempo vertiginoso de la sociedad industrial-postindustrial la previsión del cambio climático, como consenso científico, es tardía. Sin embargo, la culpa no tiene que ver tanto con la capacidad o incapacidad científica como con el cambio desbordado, la innovación sin control, el sometimiento de la sociedad y su destino por la competencia mercantil, las guerras por los mercados, la imposición del consumo sobre las necesidades y el aniquilamiento del bien público por el interés privado.

Incapacidad de respuesta

En 1992, durante la Cumbre de la Tierra en Brasil, se verían las resistencias a tomar cualquier medida que modificara los hábitos de consumo y las ganancias de la industria petrolera y automotriz. George Bush padre se negó a asistir a la cumbre si se ejercían presiones para alcanzar algún acuerdo en la reducción de emisiones; por su parte, el vocero de la Casa Blanca advirtió que no se actuaría en contra de la libertad de los estadounidenses de utilizar sus automóviles tanto como ellos quisieran. La comunidad internacional cedió y no se alcanza-



ron compromisos. Las empresas petroleras vinculadas a los republicanos comenzaron una campaña de desprestigio contra la teoría del cambio climático dando todo el foro a un grupo de científicos conocidos como los “escépticos” (varios de ellos subsidiados por la industria), con lo cual logró generar serias dudas sobre la realidad del cambio climático en la población de Estados Unidos, e incluso en grupos de científicos de ese país y otras naciones, incluyendo un amplio sector de mexicanos.

Fue hasta 1997 que se puso a firma el Protocolo de Kioto (PK) para entrar en vigor en 2005. El PK es un acuerdo internacional vinculante, que en un primer momento obliga a las naciones industrializadas a reducir sus emisiones. Estados Unidos firmó el Protocolo, pero la mayoría republicana se negó a ratificarlo en el Senado, dejando al mayor consumidor de combustibles fósiles y mayor emisor de gases de efecto invernadero fuera del acuerdo internacional.

El protocolo ha fracasado frente al desafío que enfrenta, pues no ha logrado reducir las tendencias crecientes en las emisiones de los gases de efecto invernadero. Mientras, las evidencias científicas van demostrando que los efectos del cambio climático se están presentando en lapsos de tiempo mucho más cortos que los estimados, poniendo en riesgo la vida de millones de personas, especialmente en zonas vulnerables y en naciones que no tienen recursos para adaptarse a estos efectos.

En el fondo, nos enfrentamos a la incapacidad civilizatoria de responder, debido a que parte importante de las esferas del poder operan en una perspectiva de muy corto plazo ya que ésta es una de las condiciones civilizatorias bajo el paradigma de la idea del progreso y la premura por la ganancia política y/o económica. El cambio climático es un fenómeno con el que no pueden lidiar, se sale de su esquema mental de la inmediatez, de la estructura temporal en la que operan los beneficios económicos. Se esperaría que esto no ocurriera en otros sectores como el intelectual, pero así sucede. Por ejemplo, no encontramos en México la atención requerida a este tema en los medios de comunicación, ni siquiera en publicaciones de reflexión y debate.

Seguramente es la dificultad e inseguridad de caminar sobre nuevos senderos, en un escenario que pone demasiados cuestionamientos a preceptos no examinados anteriormente, por lo menos no en el nivel que el fenómeno plantea. Éste es el caso del sentido destructivo de una economía basada en el hiperconsumo de unos cuantos y la exclusión de la mayoría, de la mercantilización de los bienes comunes y públicos, del reino de la especulación.

¿Cómo poner en primer lugar el interés colectivo por encima de la lógica del interés privado como motor del “desarrollo”?

Hiperconsumo insostenible

En un mundo globalizado por la introducción de un mismo modelo de vida y consumo en cada rincón del planeta, donde los espacios y prácticas tra-

dicionales son paulatinamente aniquilados bajo la privatización de los bienes y el entretenimiento sustentado en la destrucción de lo social, reduciendo al individuo a sí mismo, lo que se está imponiendo es el modelo estadounidense.

Este modelo, promovido y seguido en todo el mundo, tanto por quienes producen como por quienes consumen, es el mayor responsable de las emisiones de gases invernadero y del cambio climático.

Para considerar los impactos ambientales de este modelo mundial de consumo tomemos en cuenta una estimación: un estadounidense promedio consume al día 52 kilogramos de materias básicas, volumen que está compuesto de: 18 kilogramos de petróleo y carbón, 13 kilogramos de otros minerales, 12 kilogramos de productos agrícolas y 9 ki-

logramos de productos forestales. El doctor Mario Molina, citando a Lester Brown, señala que para el año 2031, cuando los niños que ahora están naciendo tengan 22 años, China estará alcanzando el mismo consumo. La expansión del modelo estadounidense está acelerando el cambio climático sin que se cuestione este proceso en ningún momento.

El aumento del consumo de energía se suma al aumento de la población mundial. Se calcula que un individuo al inicio de la Revolución Industrial, mediados del siglo XVIII, había alcanzado un consumo de 77 mil kilocalorías al día (alimento, habitación, transporte, agricultura, comercio). Actualmente, el consumo energético promedio diario por persona alcanza 230 mil kilocalorías. Por otro lado, al inicio de la Revolución Industrial existían 600 millones de personas, ahora somos más de 6 mil millones. Si multiplicamos el consumo individual por la población mundial obtenemos el escenario ambiental que conocemos.

Las acciones frente al cambio climático no tienen ningún futuro si no se cuestiona el modelo de consumo y esto se debe a dos razones centrales:

1. Con energías renovables, única opción razonable, será imposible cubrir la demanda energética bajo el actual modelo de consumo y menos aún se tendrá la capacidad de incorporar a los excluidos.
2. El modelo de consumo actual no sólo significa derroche energético sino también la destrucción de la mayor parte de los recursos naturales no renovables incorporados a la producción; es decir, no sólo tiene como resultado el cambio climático sino también el agotamiento de los recursos minerales, la destrucción tanto de selvas y bosques como de la biodiversidad del planeta, y diversas formas de contaminación química, radioactiva, transgénica y nanotecnológica.

Se requiere una reducción y transformación radical del consumo en las ciudades, hogares, oficinas y fábricas. El transporte público debe ser favorecido sobre el privado. Se debe rechazar la obsolescencia acelerada de los productos. Los empaques y envases desechables deben incorporar sus costos ambientales para favorecer la venta a granel de todos los productos. En muchos casos lo que

pagamos es más la publicidad, el empaque y el transporte que el producto mismo. Dar preferencia a las formas de comunicación electrónica para evitar los desplazamientos por tierra, mar y aire. Debemos poder generar en nuestros espacios físicos la mayor parte de la energía que consumimos y nuestros alimentos deben venir, en su mayoría, de

los territorios que nos circundan. Debe incorporarse el calentamiento solar del agua, tener iluminación eficiente, reglamentar las nuevas construcciones, adaptar las viejas. Muchas de estas medidas, incluso, traen beneficios económicos a empresarios y consumidores, algunos ya lo perciben y están empezando a caminar en esa dirección.

En el fondo es un asunto de poder, de quién decide, de quién comunica, de quién tiene los medios, de quién hace las leyes. Se trata de recuperar los espacios y rescatar los apoyos mutuos, la cultura,

la implementación de las regulaciones para la protección de los intereses colectivos, de los bienes comunes y públicos. •



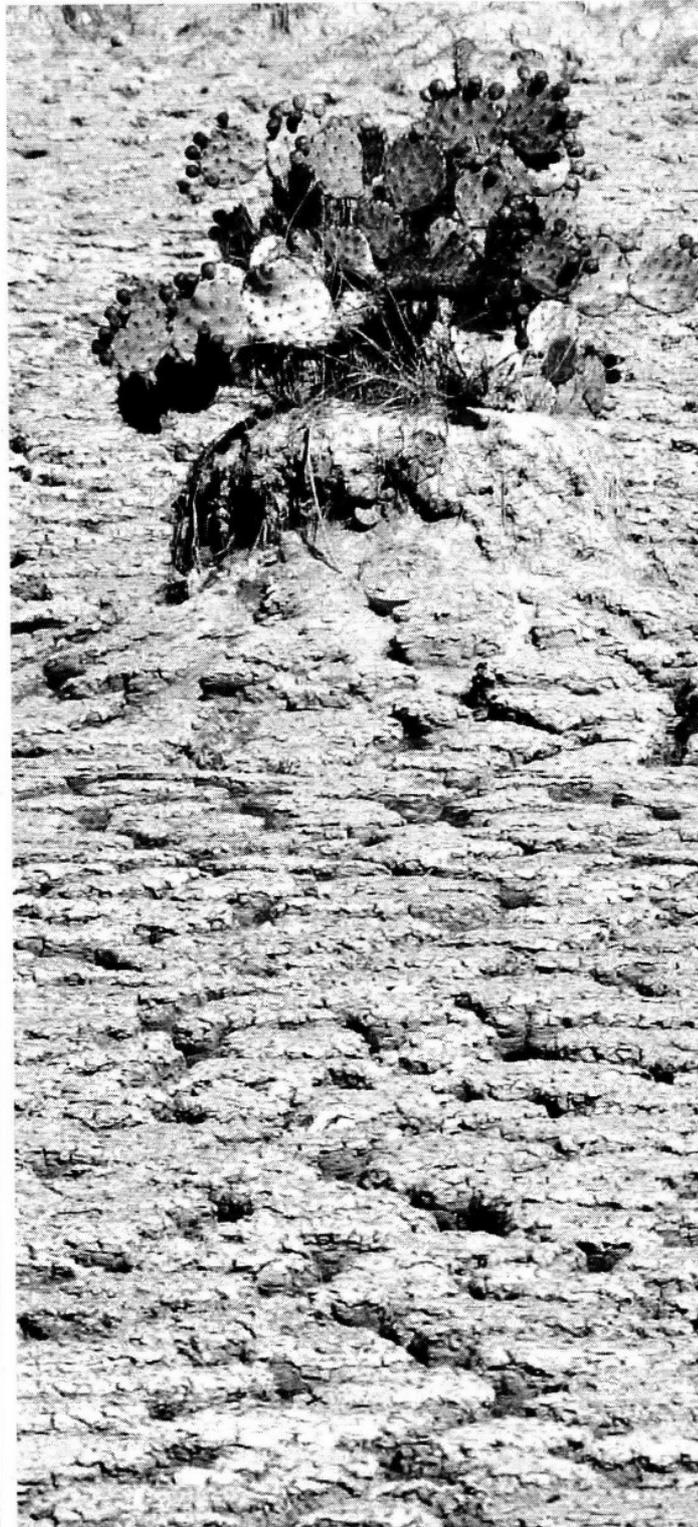
Nombre: Alejandro Calvillo Unna.

Trayectoria académica: sociólogo; doctorado en filosofía, egresado del Programa de Altos Estudios en Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable de El Colegio de México.

Experiencia: miembro de la red internacional de emprendedores sociales Ashoka. Cofundador y ex director de Greenpeace México. Director de El Poder del Consumidor, A.C.



DESHIELO. En los últimos 20 años se ha perdido la mitad de la masa glacial de los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl.



SEQUÍA. El 45 por ciento del territorio mexicano está severamente dañado por la falta de agua.